

En la preparación de los
500 años
APORTES PARA LA
REFLEXION

LA HISTORIA DE LOS VENCIDOS

por Mons. Samuel Ruiz

Reproducimos en estas páginas las reflexiones del Obispo de Chiapas, México, Mons. Samuel Ruiz García, que ofreciera en el 7mo. Encuentro de Solidaridad realizado en Brasil.

Su práctica pastoral en defensa de los indígenas dan a estas reflexiones al sustento de una vida que comparte solidariamente la suerte de los expropiados.



Estuvimos tan acostumbrados a que en nuestro continente surgiera desde el inicio una justificación, por lo menos implícita, del desplazamiento, del sometimiento y aniquilación del indio, que no hemos conocido la otra historia, la historia de los vencidos. El haber recibido la luz de la fe cristiana se magnificó de tal manera, como un don inmerecido para este continente, que nos hizo olvidar la ignominia de la espada unida con el misterio esperanzador de la cruz.

Por eso, el que en este 7o. Encuentro se hable de indígenas y solidaridad, es algo que suena al mismo tiempo nuevo y anacrónico, a tal grado, que hablar de solidaridad con los indígenas sea algo ya casi extemporáneo, cuando se está dando la extinción de varios grupos indígenas y la amenaza de la exterminación cultural de otros. Suena más bien esto como una preparación para unos funerales.

Sin embargo, hay luces grandes y esperanzas.

Hacia el año de 1970 me impactó fuertemente que se comentó en la prensa de Colombia sobre lo que se dio en llamarse "el banquete de la muerte". En la zona amazónica de Colombia fueron llegando grupos de mestizos que se portaron en un principio con grande amistad con los indios, tratando de convivir pacíficamente con ellos, y los indios los recibieron de igual manera. La inmigración extranjera aumentó y poco a poco empezaron los llegados a poner alambradas y a despojar al indio de sus tierras, ellos se opusieron de distintas maneras

buscando los caminos legales y no tuvieron respuesta adecuada. En una ocasión, en una aldea mestiza rodeada de indígenas, se pasó la invitación a una comida de fraternidad y los indios llegaron, y mientras comían en el interior de la casa desde el exterior, por puertas y ventanas los mataron a todos. No fue esto lo más grave, lo peor fue que los criminales convictos y confesos fueron absueltos por un tribunal superior en Bogotá para que esta vergüenza en el mundo civilizado se atenuara.

Se habla de la Transversal amazónica, inmensa carretera que es un reto tecnológico y que atraviesa grandes extensiones, pero pasa por territorio de indios, que estaban allí en sus tierras y que habían vivido sus ancestros y eran conservadas por ellos. Como los indígenas no las querían vender ni se querían retirar, se environ aviones que lanzaron alimentos envenenados para que el campo quedara libre y dar paso a esta grandiosa carretera, orgullo del milagro económico del Brasil.

Hoy día numerosos indígenas son apátridas, no han pedido su identidad, pero no pueden vivir en su propio territorio o se han hecho divisiones que parten las étnicas.

Al hablar por tanto, de solidaridad con el indio, se está hablando de una solidaridad ante el etnocidio y genocidio, de reconocer el derecho a existir como cultura mayoritaria del país, derecho a hablar su propia lengua y derecho-obligación por tanto, de los demás, de ayudar con los medios técnicos a que

esas lenguas no solamente se pierdan, sino se incrementen, se estudien y haya instrumentos adecuados para su aprendizaje. Hubo en Panamá un grupo indígena que llamó a antropólogos que habían estudiado su lengua ya olvidada por ellos, para recuperarla.

Derecho a expresiones culturales propias, a vivir su propio sistema de vida, diferente del sistema occidental y no siempre congruente con el objetivo de una sociedad de consumo y de capitalización y despojo.

Derecho también a una educación no solamente que mantenga su propia identidad, sino que también sea participación en el banquete de los avances y descubrimientos del mundo puestos al alcance de estas comunidades.

Ante el genocidio, derecho a que se reconozca su habitat, su tierra que han tenido en propiedad aunque no tengan títulos escritos con lo cual se pueda demostrar, sino con la tradición viva y las señales de su permanencia tiempos atrás.

Derecho a su tipo de trabajo de cuño comunitario, derecho de producir lo que ellos necesitan para su existencia y ahora más bien para su subsistencia; aunque no faltan ejemplos significativos de indígenas que traspasan las barreras étnicas y también económicas para subsistir. Yo he admirado y no he descubierto el misterio de los indígenas que peregrinan a lo largo de todo el continente y según se dice, tienen inclusive comercios de artesanías en Nueva York, no sé con qué grado de explotación o no

LIDARIDAD CON LOS INDIGENAS SOLIDARI

hacia ellos.

Derecho a asociación, a reunirse entre sí y a asociarse con otros grupos, porque hay una dimensión comunitaria del indio que es su aporte significativo y el común denominador a lo largo de todo el continente; posibilidad real de asociación inter-étnica rompiendo las barreras de las reservaciones de indios, confinados casi como parques zoológicos para admiración turística; posibilidad real de intercomunicación étnica que les de una esperanza no solamente de subsistencia, sino de participación real, de la cual muchos tienen ya conciencia en la transformación de la sociedad en la cual vivimos.

Hay quienes dicen que todo trabajo por buscar la identidad del indígena y favorecerla es un retraso para la transformación de la comunidad humana, hay que hacer que tengan conciencia de clase explotada, no tanto conciencia de indígenas, esto retrasaría el pensamiento, el avance y no favorecería la posibilidad de asociaciones, de pactos, de relacionamiento con otras fuerzas transformadoras de la sociedad.

Recuerdo las palabras que delante de los antropólogos dijo un indígena salvadoreño en una reunión: "es que a mí me pagan un salario bajo, no por ser campesino, sino por ser indio, gano menos que un campesino. Yo también tengo una opresión que no solamente es opresión de clase explotada, sino opresión cultural, no tengo derecho a ser lo que soy en mi propio país, no se reconoce la existencia nuestra como diferente de los demás culturalmente".

El indígena es conciente que aporta algo hoy, desde sus valores, a la utopía de la nueva sociedad, saben que lo que buscamos, mucho de ello lo tienen ya en sus comunidades: su dimensión comunitaria, el aprecio de una persona no por lo que tiene en el bolsillo, sino por su capacidad de servicio en la comunidad y otros valores como el guardar la palabra no por lo que está escrito en un papel firmado, sino por lo que se ha afirmado como persona humana ante los demás.

Ante la situación del indio, no juzgamos las intenciones sino las situaciones de los tiempos, cuando fue la colonización se dio una evangelización impositiva, que produjo lo que se ha dado en llamar una "religión sandwich", una capa superior y superficial de manifestación cristiana y un fondo de religión natural que se entremezcla de distintas maneras, con las manifestaciones cristianas impuestas muchas de ellas en forma superficial y siempre en forma atropellante de las culturas. Se destruyeron sus templos y sus dioses, no hubo un diálogo y donde hubiera podido existir la posibilidad de una comunicación dialogante en aquellos signos culturales bastante parecidos a los signos cristianos, se inter-

pretó como una presencia diabólica que había que descartar.

Y hasta hace poco, todavía evangelización significa occidentalización, ser cristiana significa que el indígena lo sea a la imagen y semejanza del evangelizador, tiene que tener las mismas estructuras mentales, los mismos signos culturales como signos de una unidad románica extendida a lo largo de todo el mundo donde se encuentra presente la Iglesia católica y universal.

Recuerdo una reunión en Melgar donde estábamos varios obispos, preparando la reunión de Medellín, sufrí el más grande choque cultural y la más fuerte transformación interna donde se desquebrajaba mi mundo ideológico, cuando unos antropólogos nos hicieron percibir claramente que la acción evangelizadora, como la acción más destructiva de las culturas indígenas, se nos hacía ver que un hombre tiene derecho, aunque sea criminal, a ser respetado y no puede ser ni torturado, ni bilipendado sin que eso sea un crimen de la lesa humanidad, con mayor razón el respeto a las culturas a veces milenarias, nadie tiene derecho desde el exterior a introducir aquellas modificaciones que juzgue él conveniente, si no está de acuerdo libre y verdaderamente el grupo étnico en cuestión. Sólo a él le toca llevar a cabo los cambios dentro de su propia cultura y no agentes externos que no se librarían de acusación de "atropello".

Y muchas veces eso es lo primero que hacemos cuando llegamos a las misiones, con un etnocentrismo con el que juzgamos que es nuestra cultura la única verdadera y el único punto de referencia. Recuerdo haber leído en un libro lo que pasó en la conquista de una zona amazónica, con un criterio moralista los misioneros miraron con escándalo la desnudez del grupo étnico al cual llegaban a misionar y suponiendo por tanto un grado de deterioro humano, por todos los mecanismos posibles trataron de vestir a los indios. Lo que hicieron fue matar al 70 por ciento de la comunidad, la mataron física y psicológicamente, porque al vestirlos los indígenas no tenían la economía suficiente para producir vestidos nuevos y con ellos crecían, se desarrollaban y multiplicaban, convirtiéndose los vestidos en un vehículo de infecciones y de enfermedades. Jamás conocidas en la comunidad, que diezmaron vaporosamente al grupo y mataron la comunicación. Cuando una mujer terminaba la carne o la leña en su cocina, no necesitaba hablar con su esposo, el tatuaje en su cuerpo era un lenguaje de comunicación y su esposo le bastaba mirarlo para acudir después a la cacería y traer la presa necesaria y todo eso acabó.

El Concilio indicó una verdad tradicional olvidada y no aplicada, si Dios quiere eficazmente la salvación de todos los hombres, por tanto no está inactivo en el seno de los grupos humanos. Hay una actividad, una presencia y un dinamismo de Dios en la historia, que al mismo tiempo es llevada por Él y por los hombres en una simbiosis de articulación que no se atropellan, sino se respetan mutuamente.

Por tanto, la tarea del misionero no es llegar a cambiar lo que no le corresponde a sus esquemas de vida cristiana, sino aprender primero con los ojos profundos del amor, que tiene que estar investido de una mirada antropológica, qué es lo que Dios está haciendo en el interior de aquel grupo humano, para poder saludar como lo hacíamos antiguamente en nuestro latín: "Dominus vobiscum". El Señor está con ustedes. Pero es necesario saber de qué manera está, para poder anunciar que Dios está presente en los hechos, situaciones o acontecimientos históricos.

Esto es lo que el Concilio llamó, tomando a los padres griegos: "las semillas del Verbo", los valores culturales, que no solamente son trampolín pedagógico para una evangelización, sino que forman parte del contenido mismo del anuncio evangélico que hay que presentar. Por tanto, la acción misionera rápidamente descrita conforme al documento de las Misiones: es el reco-





nocimiento de estos signos del Verbo presentes en las culturas, antes de cualquier anuncio misionero.

El conocimiento de esas culturas y el respeto que nos merece, tiene que pasar por varias etapas que constituyen el proceso de entender dónde descubrimos valores culturales y dónde si actuamos, modificamos indebidamente la cultura.

Este proceso misionero de encarnación en el grupo humano nos tiene que llevar a la comprensión global de la cultura, como la entiendan ellos mismos y entonces actuar, actuar dentro, con ellos y por ellos y esto nos llevará a una transformación de la cultura, no a la destrucción ni a una simple modificación. Esto exige la presencia paciente del misionero, que es un testigo y un enviado de una iglesia que no es misionera deportivamente, o está para bautizar negritos como aprendimos cuando estábamos en la escuela dando nuestra limosnita misionera, sino que es la tarea esencial de toda la iglesia, que debe acompañar al mundo en su camino para anunciar la venida, el advenimiento del Reino de Dios en la transformación de esta comunidad.

Esta paciencia misionera exige grande comprensión. Un sacerdote me platicaba hace años que llevaba cinco años dentro de una comunidad indígena y no había celebrado nunca una Eucaristía, sino que se había sumado a las eucaristías, a las acciones de gracias de la comunidad.



No había bautizado una sola persona, porque tenía que ser testigo de una fe hasta que la comunidad le interrogara: —¿Tú qué piensas de Dios?, —¿cuál es tu fe?, para poder decir entonces como un testigo aceptado: —Mi Dios es un Dios padre, mi Dios es el mismo Dios que ustedes adoran, que ha hecho estas cosas, y que se ha hecho presente allí es el que nos convoca para constituyamos la familia de los hijos de Dios.

La Iglesia tiene que comprender hoy día, a diferencia de aquello que se decía como una especie de verdad o sentencia que “algunos pueblos vivían en las tinieblas del error y en las sombras de la muerte”, que no hay en las religiones naturales una marcha del hombre en contra de Dios, sino una búsqueda de El mismo. Hay hallazgos y experiencias que tienen que ser asumidas en el proceso de comprensión de Dios y de su palabra en la misma Iglesia ya que numerosos pueblos tienen experiencias místicas que deben agregarse y sumarse a la experiencia mística de la misma Iglesia.

Se tiene que aprender a convivir, a animar, a fertilizar, a ser luz, de manera que la caridad ilumine y que sea estímulo para la transformación de la comunidad humana. Si algunos, mediante el testimonio y acompañamiento de caridad deciden aceptar el Evangelio y transformarse también en comunidad luminosa, bienvenidos, pero no será la única forma de encontrar el camino de transformación de la humanidad y de advenimiento del Reino de Dios. Estamos hermanos, en el último minuto, estamos esperando que como Iglesia vayamos a realizar el verdadero ENCUENTRO, que no se dio en el pasado entre EVANGELIO Y CULTURAS. Lo que no se ha asumido no podrá ser sanado y lo que resultará de allí es una recreación del Evangelio.

Permítanme que les señale con un ejemplo, una de tantas cosas que en el panorama futuro surgirán. Un misionero en Chiapas caminaba por unas comunidades tzeltales y explicaba lo que significaba el año de penitencia y de transformación interna: tenemos que perdonarnos unos a otros y quitar toda división. Padre —le dijeron— “entendemos lo que tú nos explicas, aquí tenemos mucha división, siéntate por favor, no empieces todavía la misa, tenemos que perdonarnos unos a otros. “Y empezaron hablar los padres con los hijos, los maestros y los alumnos en la escuela, los compadres y las comadres entre sí, los amigos con sus amigos, enemigos con enemigos y hasta que terminó todo aquel diálogo social con una auténtica reconciliación en la comunidad dijeron al sacerdote: “ahora sí ya nos podemos dar el saludo de la paz”. Saben ustedes cuánto duró este acto penitencial? Tres días; esto significa conversación, esto significa la recreación de la palabra de

Dios entendida desde el interior de una cultura dividida. Yo les puedo decir hermanos que hemos aprendido no solamente a ser cristianos sino a ser hombres, mirando, acompañando a nuestros hermanos indígenas.

Pero felizmente estamos ahora en una nueva situación, no tenemos hoy día que hablar de solidaridad con los indios solamente, sino de los indios en solidaridad con nosotros, ellos se han levantado ya, ya no son objeto de solidaridad sino sujetos de ella.

Al llegar el terremoto en la ciudad de México que trajo grandes estragos, los refugiados, los más pobres entre los pobres indígenas en Chiapas, expulsados de su país sin tierra y sin dinero, juntaron productos de la tierra y juntaron el dinero que podían recortar de su presupuesto cotidiano y mandaron una carta a las autoridades diciendo: “esto es lo que como pobres podemos mandar a nuestros hermanos que han quedado sin casa, porque nosotros sabemos por experiencia lo que significa vivir sin techo, no podemos mandar más, pero aquí están nuestras personas, díganos cuántos necesitan que vayamos allá para ir a trabajar gratuitamente en ayuda a la construcción de las casas que han sido destruidas”. El aporte que mandó un sólo campamento fue la tercera parte de lo que toda la ciudad de San Cristóbal dio en aquella ocasión como ayuda a los damnificados del temblor.

Los indígenas son conscientes de su realidad y están en marcha orgánicamente, se unen ahora más allá de sus límites culturales y están en asociaciones trans-étnicas con una búsqueda de reconocimiento ante las Naciones Unidas y con una búsqueda entre sí, para ponerse en marcha conjunta en la transformación de este Continente.

En conclusión, hermanos, hoy día no podemos hablar de una iglesia indígenista, sino una iglesia indígena que tiene que surgir como autóctona. No podemos ni debemos hablar de promoción humana, sino entendiéndola en el sentido de que tenemos que buscar la promoción para que sean sujetos de su propio desarrollo.

Y es urgente el acompañamiento a nuestros hermanos indígenas en aquella dimensión política que tiene la fe, para que puedan así llegar en sus organizaciones y alianzas a caminar en un conjunto unido en la transformación de esta sociedad, hasta que llegue aquella utopía que todos deseamos y que llamamos Reino de Dios.

DON SAMUEL RUIZ GARCIA

